NOTICIA DE JOSE MARIA ALFARO

Retorna José María Alfaro, después de larga misión diplomática, a lo que es su vocación primigenia: el periodismo como servicio, que no puede concretarse solamente en escribir unos artículos, sino en registrar la epopeya de cada jornada, también por una necesidad personal de saber qué está pasando y de expresar el pensamiento propio sobre esos hechos.

En momentos de plenitud creadora, Alfaro responde lógicamente a dos antecedentes: «Leoncio Pancorbo», novela publicada en 1942, y «Oda a Burgos», composición aparecida en 1929, que mereció los elogios de Unamuno.

Lleva muy adelantada una novela, «Los habitantes del parque» y al mismo

José María Alfaro

tiempo vuelve a la poesía con «El poema de la ciudad», en el que trata de nuevo el tema de Burgos.

—Tengo ya escritas muchas partes; pero el poema sobre Burgos no quiere decir que yo insista sobre lo que fue la vieja ciudad, las viejas piedras, el heroísmo. Este tema que yo he tocado tantas veces se explica porque mi infancia y mi juventud en Burgos quedaron dentro y son esas cosas que van conmigo allá donde esté.

Más conceptual que anecdótico, José María Alfaro reflexiona lo que representa la creación en la juventud y concretamente la poesía.

—Evidentemente, toda persona cuando es joven tiene necesidad de decir algunas cosas íntimas. El adolescente siempre es un descubridor de cielos, un descubridor de que la vida es vivible.

Alude Alfaro al fenómeno romántico y al nacimiento real del Romanticismo, que es el suicidio de Werther, para insistir en la condición intimista de la juventud.

—Al joven, cuando le fracasa esa intimidad suele querer romperla. Entonces es lógico que muchas veces, en vez de romperla, lo escriba, lo cuente, lo cante. Los géneros de la Literatura no están clasificados como debieran. Si hubiera que hacerlo por aquello a quien va dirigido, la lírica sería lo que se susurra al oído; no está hecha para ser cantada a grandes gritos. En una palabra, pese a la contradicción, no hay ópera lírica. Casi nadie, cuando adquiere un cierto nivel o una cierta sensibilidad, ha dejado de intentar el escribir algún poema. El hecho de los poetas no está en lo que ellos han dicho o han descubierto, sino en lo que un vasto sector de lectores ha querido descubrir coetáneamente a ellos y no ha podido expresar precisamente por falta de riqueza verbal o de hallazgo metafórico, o de esa cosa inefable que es el milagro de la poesía. Porque, de verdad, también la poesía cree en el milagro y por eso cree mucho más que nadie en la poesía.

Cuando se va madurando, el creador cristaliza muchas veces en escritor de ensayo o de novela. Alfaro afirma que cuando se va madurando no hay duda de que el hombre tiende al análisis.

—Del mismo modo que uno se sitúa frente a la existencia de una manera más crítica, del mismo modo tiende a expresar de una manera más analítica y, por decirlo así, más inextenso, todo lo que a él le acontece. Entonces ya no tiene que contar su intimidad; no precisa encontrar una metáfora para expresar cómo era el cielo en la mañana en que se encontró a su enamorada; lo que le importa explicar entonces es qué pasa en el mundo; qué pasa en ese cielo; qué vuelca ese cielo sobre la tierra y qué hacen sus semejantes que viven la enorme tragedia de la existencia.

En su comentado discurso, pronunciado en Burgos con motivo del día de la Hispanidad, hay para todo escritor un aspecto de singular interés que se refiere al idioma. José María Alfaro cita el concepto de Nebrija en su Gramática, publicada precisamente el mismo año del Descubrimiento, y dedicada a Isabel la Católica: «la Lengua es la compañera del Imperio».

—Dice que de tal manera es así que también cuando el Imperio cesa, el idioma decae. La idea de Nebrija es bastante elemental, pues hemos visto que, pese a la pérdida del Imperio político, la realidad del idioma ha sido más fuerte, habiéndose apoderado del mismo, como instrumento propio, todos los países nuevos sobre los que España había tenido una influencia en su organización y en su desarrollo cultural. Hace ya mucho tiempo que se sabe que el idioma es un cuerpo tan vivo como un ser humano o como un país, creando conciencias distintas y nuevas. Esto es lo que ha acontecido con el castellano y creo que es el hecho capital de lo que denominamos Hispanidad: la fuerza de nuestro idioma y su continuidad expansiva.

Ya está, pues, el poeta, el escritor, el periodista, instalado de nuevo en sus viejos cuarteles dispuesto a dar lo mejor de su pensamiento en las cuartillas de cada mañana.—Marino GOMEZ-SANTOS.